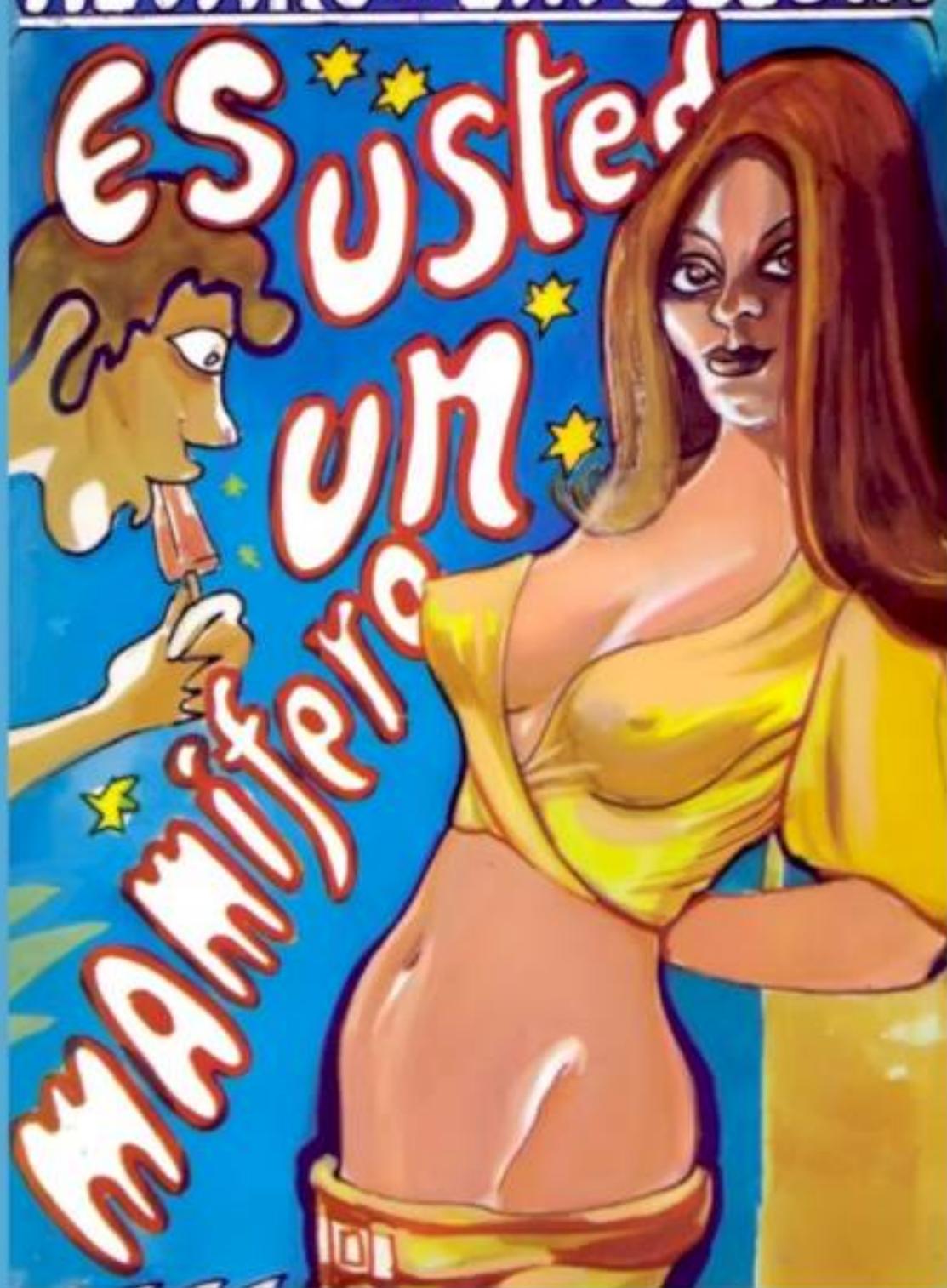


ÁLVARO DE LA IGLESIA



“Es usted un mamífero”, el más reciente de sus títulos, es preciso y desconcertante como los anteriores. Trátase de una serie de narraciones cortas en las que resplandecen los rasgos humorísticos que caracterizan al genial escritor.

Prólogo del autor

EXCELENTÍSIMOS LECTORES de ambos sexos:

Permítanme que los llame de usted precisamente por eso: por ser excelentísimos. Porque yo, como buen humorista que deseo ser, respeto a todas las excelencias.

Respetar es condición indispensable del buen humor, puesto que las piruetas y cabriolas humorísticas están animadas por el «ánimus jocandi», y no por el «ánimus jeringandi».

Quizá por eso mismo, porque siempre respeté a mi prójimo y nunca me agradó jeringarle, elegí al emprender mi carrera la senda juguetona del cachondeo. Y en esa senda sigo hasta la fecha, habiendo publicado la amplia friolera de treinta y seis libros, y habiendo dirigido la nutridísima bandada de mil setecientas «codornices». Y en esta senda seguiré hasta otra fecha muy remota todavía, si Dios quiere y el tiempo no lo impide, publicando muchos libros más y dirigiendo otro montón de periódicos graciosos.

Lo cual no tiene ningún mérito, pues no hay nada tan grato, tan estupendo, tan encantador, como ser humorista en España. Puedo decir, y lo digo, que en ningún otro país de Europa tengo tantos miles de lectores como aquí. Y no sólo porque escribo en español, idioma que no se habla en otros países europeos por tener cada uno de ellos su lengua propia. No sólo por eso, repito, sino porque el humor apasiona a nuestros compatriotas, y sus cultivadores somos auténticos ídolos nacionales. Más que los toreros. Más que

los futbolistas. Y mucho más desde luego que todos los políticos que tratan de gobernarnos.

¿Me creerán ustedes si les digo que firmo diariamente doscientos veintisiete autógrafos?

¿Me creerán si les aseguro que la crítica literaria española sólo se ocupa de los libros humorísticos, especialmente de los míos, desdeñando en bloque toda la literatura llamada seria no sé por qué, pues en realidad es sólo tremendamente aburrida?

¿Me creerán si les explico que a un pueblo cercano a Madrid, pequeño aún pero potente y pujante, se le puso el nombre de Vicálvaro pensando en mí? ¿No está claro que este nombre es sólo incompleto y provisional, pues se pretende completarlo el día de mañana para honrar mi memoria llamándolo Vicálvaro de Laiglesia?

¿Me creerán si les confieso que son tantas las invitaciones que recibo para almorzar y cenar, e incluso para desayunos, que hay días en que me veo obligado a comer catorce veces en distintos sitios para no desairar a los anfitriones que se pirran por sentarme a sus mesas?

¿Me creerán que hay un movimiento, clandestino por ahora, encaminado a conseguir que la Academia de Suecia me conceda el Premio Nobel? Sé de buena tinta que el interés de mis compatriotas por hacer amistad con las turistas suecas que visitan nuestras costas, no se debe a causas turbias ni a la pretensión de lograr satisfacciones eróticas: tratan sencillamente de hacer prosélitas, para que ellas apoyen mi candidatura a ese premiecillo cuando regresen a su país.

¿Me creerán si les digo que vivo abrumado por tantas atenciones, tratando de corresponder a estas muestras increíbles de admiración y cariño? Que son increíbles, en efecto, como ustedes se habrán dado cuenta. Pero yo me las creo, y así me siento más feliz, más seguro de mí mismo, más idolatrado por las masas, para seguir luchando en pro de un aumento del humorismo nacional. Porque yo, siem-

pre lo he dicho, soy un hombre de pro. Y no como otros, que son de contra. Puedo decir que fui de pro desde que inicié mi ya larga vida profesional. Y digo ya larga por no decir larguísima, puesto que llevo más de treinta y seis años haciendo humor, y de ellos treinta dirigiendo «La Codorniz».

En este momento debo de ser el periodista español que más años lleva como director del mismo periódico. Debo de ser también, por lo tanto, el decano de los directores que no han variado de puesto. Título que me hace muy poca gracia, porque eso de decano suena a viejecito peliblanco. Cabía esperar, sin embargo, que este decanato, pese a ser poco gracioso, iba a proporcionarme algunas satisfacciones personales. No oculto que soy optimista de nacimiento, y pensé que tantos años de intensa dedicación al cultivo del buen humor nacional me hacían merecedor de alguna distinción por parte de los organismos encargados de repartir esas pijadas honoríficas. Una distinción modesta, claro está. Tan modesta como sabe todo el mundo que es mi propia personalidad. Alguna condecoracioncita dada por los demás, para poder añadirla a la «encomienda» que me di yo mismo al empezar mi carrera: «Encomiéndate a Dios, muchacho —me dije—, porque te has metido en un buen lío para toda tu vida.»

Nunca esperé, por lo tanto, una gran cruz, pesada de llevar pero también vistosa. Ni siquiera una banda cuya ancha cinta, al envolver a quien la lleva, le convierte en estuche de suculentas golosinas preparado para un regalo. Menos todavía un deslumbrante fajín, que no me vendría mal, porque últimamente he engordado un poco. Pero bien sé que los fajines están reservados para patriotas mucho más gordos que yo, cuyas barrigas crecieron voluminosamente al servicio de la Patria.

Sí aspiraba con toda humildad, sin embargo, a una medalla. A una medallita al menos, no mayor ni más ostentosa que cualquiera de las que pueden adquirir los peregrinos

en Lourdes o en Fátima. En un país como el nuestro, tan pródigo en condecoraciones que hasta existen tiendas dedicadas a su venta al por mayor, no me parecía un sueño inalcanzable que me cayera en la solapa un disquillo metálico colgado de un cintajo.

Y miren ustedes por dónde, hace ya más de un año, en lugar de darme una condecoración a mí, me atizaron un multazo y una suspensión a La Codorniz. Pienso para consolarme que ambas distinciones (condecoración y suspensión), tienen en común que acaban en «ón». Como todas las palabras más bellas y sonoras de nuestra hermosa lengua. Me consolé también en su día pensando que nuestro Gobierno, siempre bondadoso y paternalista, me suspendió «La Codorniz» para que yo pudiera tomarme unas bien ganadas vacaciones de cuatro meses. Un merecido descanso en mi agobiante e ininterrumpida tarea de director.

No tuve más remedio que agradecer la decisión gubernamental, que me permitió disponer de diecisiete semanas completas para meditar profunda y tranquilamente sobre todo lo que hice en mi vida. Fue un alto en mi camino, alto forzoso y beneficioso, en el cual pude volver la vista atrás para contemplar el trecho que ya había recorrido. Y mis reposadas meditaciones de aquellos días me condujeron a esta brillante conclusión:

—Es bello hacer humor en España, porque es heroico. Y no hay hermosura comparable a la del heroísmo.

La conclusión puede parecer exagerada, pero no lo es. Porque cuando yo empecé a hacer humor en mi país, que es también el de ustedes, tuve que luchar contra una censura de una dureza tan increíble como desconcertante.

Recuerdo, por ejemplo, que en aquella época, ya remota por fortuna y espero que superada para siempre, los censores me tachaban la palabra «hígado» por considerarla de mal gusto. Si era pecaminoso mencionar las partes del cuerpo que tenemos debajo de la ropa, ¿cómo no iba a

serlo escribir el nombre de las vísceras que llevamos debajo de la piel?

Me tacharon también varias fotografías de señores con barba, alegando la inefable razón de que los barbudos retratados «tenían cierto e irrespetuoso parecido con Jesucristo».

El sarampión de rojas tachaduras fue una epidemia de una virulencia inusitada. ¡Ríanse ustedes del cólera en la India, y de la fiebre amarilla en China! Ríanse también de que yo tenía en la Redacción un retocador de plantilla, para cubrir las posibles desnudeces de todos los grabados que pretendía publicar.

Juro, porque si no lo juro nadie lo creerá, que hasta a las fotografías de boxeadores y luchadores de grecorromana hubo que pintarles camisetas. Sólo así, con sus torsos desnudos púdicamente vestidos, se autorizaba su publicación.

Juro igualmente, y la veracidad de este juramento puede comprobarse en cualquier hemeroteca, que ningún retrato de mujer era publicable si la falda de su vestido no tenía tela suficiente para alcanzar la frontera de las rodillas. Muslos y pechugas eran pecados mortales, y sus nombres sólo podían escribirse en los «menús» de los restaurantes referidos al pollo.

Los números de «La Codorniz» que aparecieron en aquellas décadas tristonas, en las que la palabra «Bikini» era únicamente la denominación de una islilla del Pacífico, están llenos de pruebas abrumadoras de esa mojigatería oficial desorbitada: pueden verse en ellos docenas de dibujos con extraños suplementos negros en las ropas de los personajes femeninos, añadidos por el retocador para cubrir escotes y pantorras. Sólo con esos remiendos vergonzosos podían publicarse, ya que en aquellos años (vergonzosos también) las únicas desnudeces permitidas en la prensa eran las manos y los rostros. Y no todos los rostros, ni mucho menos, sino sólo aquellos que aparecían en las

«fotos» con gestos serios y formales. Porque si estaban guiñando un ojo, o haciendo alguna mueca pícaro, podían ser vetados por el censor. También las actitudes de las manos tenían que ser correctas, pues el lápiz rojo tachaba implacablemente el alzamiento de un dedo díscolo que pudiera sugerir el clásico e ibérico corte de mangas.

Díganme ustedes si no es heroico haber luchado contra tanta estupidez, sin dejarse vencer por el desánimo y dominando el lógico deseo de mandarlo todo a freír espárragos. Y quien dice espárragos dice puñetas, que ahora sí se puede decir.

Aquella estrechez de criterio no se padecía únicamente en la prensa, sino en todas las manifestaciones artísticas y literarias del país. Y yo tuve que hacer mi guerra en pro del humor en dos frentes a la vez: el periodismo y la literatura. Al mismo tiempo que dirigía «La Codorniz», publicaba libros de moderada audacia pidiendo «Libertad de risa»; y explicando a mis compatriotas que «Todos los ombligos son redondos», pues la prohibición tajante de publicar tripietas al aire hizo que los españoles ignorasen la forma más corriente de ese pequeño y gracioso «gua» abdominal.

¿Querrán ustedes creer que tuve dificultades bastante serías para publicar un volumen titulado «En el cielo no hay almejas»? Alguien que entonces tenía mucho mando, y que estaba convencido de que Dios le había confiado la custodia de las llaves del cielo, vetó mi título por considerarlo irreverente.

—¡Pues claro que no hay almejas! —debió de exclamar con santa indignación cuando lo leyó en la portada de mi manuscrito—. ¡Si lo sabré yo, que soy el que da los visados para cruzar la frontera celestial!

Tan tonto se puso hasta conceder el permiso, que yo le dediqué in mente otro de mis libros: el que se titula Dios le ampare, imbécil.

Pero harían falta muchos prólogos, a los que soy muy poco aficionado, para contar todas las batallas que libré en

mi guerra particular en favor del humorismo. Guerra que yo podría llamar «de los Treinta Años» si hubiese terminado ya. Pero no. Esta guerra no terminará nunca, porque cada metro ganado al mar de las lágrimas hay que defenderlo heroicamente para que no desaparezca bajo la inundación de tristeza que amenaza al mundo actual.

¡Allá va este nuevo libro, este nuevo ladrillo, para reforzar el dique de contención contra el llanto que trata de inundarnos! ¡Allá van, al mismo tiempo y con el mismo fin, nuevas y cada vez más nutridas bandadas de «codornices»!

Aunque nunca me concedan ni una medalla por mi labor, ni un fajín, ni una gran cruz, hay una cruz pequeña y sencilla que nadie me podrá negar: la que adornará mi tumba cuando casque. Con ésa me conformo. Las demás, los organismos que las conceden pueden metérselas donde les quepan.

EL AUTOR

Glosario

Con cerca de cuarenta libros publicados, ni siquiera hay que hablar del archiconocido prestigio literario de Álvaro de Laiglesia. Las ediciones de sus obras se agotan rápidamente y con idéntica rapidez hay que reimprimirlas. Otro mérito de este escritor es lo prolífico de su numen y la regularidad con que ofrece a los lectores nuevas producciones de su ingenio.

“Es usted un mamífero”, el más reciente de sus títulos, es preciso y desconcertante como los anteriores. Trátase de una serie de narraciones cortas en las que resplandecen los rasgos humorísticos que caracterizan al genial escritor.

Un prólogo contundente e irreprochable sirve de entrada a la obra, realizada por diversos e ingeniosos relatos entre los que, sin desdoro para ninguno, sobresalen los titulados “Muerte de otro viajante”, “El ejecutivo”, “Un papel para Susana”, “El ilustre académico”, “Paciente aprensivo” y “Sorpresas industriales”, sobre temas actuales, candentes e intencionados. Un epílogo asimismo buido sirve de término a la lograda obra, y en él se ridiculizan esos afanes de escritores poco originales que, con riesgo de asfixia, pretenden suprimir necesarios signos de puntuación y que con sus extravagancias recuerdan a determinados versificadores de una época decadente que se jactaban de escribir sonetos en que no figuraba la letra “a” u otra vocal cualquiera.

Sería difícil clasificar por méritos las divertidas narraciones que integran la obra; en ellas hay diferencias sensibles que aquilatan su variedad, en ellas se abarcan todos los registros. Pero todas ofrecen rasgos comunes: ironía, gracejo, intención, sutilidad, destreza, dotes que descuellan inconfundibles en cada una de las páginas del genial humorista.

Muerte de otro viajante

ALGUIEN HA ECHADO las cortinas del balcón, tupidas y pesadas, para que no entren en el dormitorio del enfermo la luz y los ruidos diurnos. Existe la creencia de que en silencio y en penumbra se agoniza mejor; con más sosiego y desahogo. No conviene ahuyentar a la poca vida que va quedando en los conductos de un cuerpo humano, asustándola con estridencias luminosas y acústicas. Eso cree por lo menos la familia de este enfermo, al que según parece le queda dentro un soplo vital no más largo ni más fuerte que un eructo. Se nota que el infeliz lleva bastante adelantada su agonía, porque ha habido tiempo para que todos sus familiares se congreguen alrededor de su cama. Incluso ese hijo que vive fuera de la ciudad, en una provincia costrosa pero que paga bien, y que ha tenido que pedir tres días de permiso en su trabajo “por si sucede lo peor” y tiene que quedarse al entierro. Y a juzgar por la mala pinta del agonizante, es muy probable que se quede.

—Tómate la medicina —le dice al moribundo Fernanda, su mujer, aproximándose a los labios un vaso en el que burbujea una dosis de polvejos blancuzcos.

—¿Cuál de ellas? —suspira el pachuchísimo—. Porque tomo tantas...

—La de las cuatro y diez. Ya hace rato que tomaste la de las cuatro y cinco.

—Sabe muy mal —rechaza él, apretando sus labios, resacos y febriles.

—Por eso se llama medicina —razona su cónyuge, insistiendo en la aproximación del vaso—. Si supiera bien no se llamaría medicina, sino golosina.

—Tómatela, papá —dice Graciela, que tampoco ha ido hoy a la oficina para poder asistir a la agonía de su padre—. Ya verás cómo luego te sientes mejor.

—Pero si ahora me siento estupendamente —asegura el enfermo—. No por mucho tiempo, ya lo sé, porque el médico ha sido lo bastante bestia como para comunicarme que me quedan pocas horas de vida.

—No dijo pocas —rectifica Fernanda—, sino algunas.

—Sigue siendo una bestialidad. Y además superflua, pues me bastaría ver las caras fúnebres que tenéis todos para darme cuenta de que estoy a punto de estirar la pata.

—¡Por favor, Tomás! —le reprocha su cuñado Ramón, hermano de Fernanda que vive con ellos desde que un amago de hemiplejía le paralizó completamente las ganas de trabajar—. No estamos tan serios por el convencimiento de que vas a morirte, sino por la lógica preocupación que nos inspira tu estado...

—... comatoso —completa Tomás.

—Si estuvieras comatoso, no serías tan gracioso —prosi-gue Ramón—. Estamos convencidos de que el médico se equivocó en su diagnóstico, y no dudamos de que aún te queda cuerda para rato. Pero tampoco hay motivos para que estemos como unas castañuelas.

—Pues aunque os parezca raro, yo estoy muy contento —dice el moribundo alegremente.

—Empieza a delirar —murmura Carlos, el hijo llegado de provincias, al oído de su hermana Graciela.

—Y estoy muy contento —continúa Tomás, que no ha oído el murmullo—, porque nunca creí que tendría una muerte tan maravillosa.

—¿Maravillosa? —Parpadea su mujer—. ¿Por qué?

—Porque estoy en mi cama. Y rodeado no sólo de todos mis familiares más queridos, sino también de mi cuñado Ramón. Y son pocos los de mi oficio que logran morir así. El viajante como yo, que lleva cuarenta años viajando

sin parar, tiene poquísimas probabilidades de terminar su vida en su casa y con su familia.

—No veo la razón —opina Graciela.

—La razón es que al viajante maduro, que ya ha perdido reflejos y facultades, le acechan mil peligros en cada viaje. Las carreteras que recorre están llenas de trampas mortales en las que puede caer a cada momento: baches, tramos en malas condiciones, curvas peligrosas... Estos peligros abundan en las carreteras de tercer orden, que son las que me ha tocado recorrer a mí.

—Porque nunca fuiste ambicioso —comenta Fernanda cariñosamente, con más pena que reproche.

—¿Qué tiene que ver en esto la ambición?

—Mucho —explica ella—. Los que viajan para fábricas de artículos de lujo, visitan solamente las grandes capitales. Y van a ellas por las autopistas, o en tren.

El moribundo suspira y recuerda:

—Sabes de sobra que una vez intenté mejorar, y conseguí la representación del artículo más lujoso que se fabrica en el país.

—Sí, claro. Pero ¡menudo artículo!: pianos de cola.

—Pianos de cola lujosísimos, fabricados con licencia japonesa. No logré vender ni uno. Allí acabaron mis ambiciones. Tuve que volver a mi representación de boinas y alpargatas, que sólo se venden en los pueblos. Para llegar a los cuales hay que jugarse el tipo haciendo muchos kilómetros por aterradores caminos vecinales.

—Fuiste siempre muy trabajador —reconoce su mujer—, y nosotros te agradecemos mucho todos tus sacrificios.

—He vivido sacrificado, en efecto, pero nunca me he quejado. Porque gracias a las boinas y las alpargatas, gané el dinero suficiente para sacaros adelante. Sólo me entristecía la idea de que, cuando me llegara mi hora, no podría morir a vuestro lado.

—¿Por qué no? —pregunta Graciela extrañada.

—Los viajantes modestos como yo, que nunca pueden ahorrar para retirarse en su vejez, mueren viajando. Casi siempre al volante de sus automóviles, tan viejos como ellos mismos, pues las exiguas comisiones que obtienen con su trabajo no permiten cambiar de modelo cada dos años. Ni siquiera cada dos lustros. Los viajantes modestos mueren por fallos mecánicos de sus coches o por fallos orgánicos de sus cuerpos, que provocan accidentes gravísimos.

—Tampoco hay que exagerar —dice Ramón.

—No exagero ni pizca —contradice Tomás—. Casi todos los viajantes de mi generación y de mi categoría, han muerto ya. Unos, al derrapar en una carreterilla montaraz y helada. Otros, al quedarse dormidos con el acelerador pisado a fondo después de toda una noche de conducir sin parar. Algunos, al estrellarse contra otro vehículo por ser demasiado ancianos y carecer de reflejos para evitar la colisión... Todos los riesgos que la carretera tiene, y a los que nosotros estamos expuestos durante gran parte de nuestras vidas, han acabado con la mayoría de mis compañeros.

—Pero contigo no, gracias a Dios.

—Gracias a Dios, efectivamente, porque era lógico suponer que yo acabaría igual: los mismos años, los mismos riesgos... Siempre temí un fin parecido. Tan grande era mi temor y tan convencido estaba de morir accidentado, que me hice un seguro pensando en vosotros.

—¿Un seguro? —se conmueve Fernanda—. Siempre fuiste muy bueno, Tomás.

—Es natural que uno piense en asegurar el porvenir de su familia cuando uno falte —le quita importancia el agonizante—. Todos los hombres sensatos lo hacen. Y a pesar de la modestia de mis posibilidades, pagué religiosamente las primas.

—¿Qué primas? —no entiende Graciela.

—Las del seguro. Que fueron bastante altas por cierto. Porque quise que la cantidad asegurada os sirviera para al-